

Michael Oakeshott

Ser conservador
y otros ensayos
escépticos

Introducción y traducción de Jorge del Palacio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: «*Rationalism in Politics*», «*The Tower of Babel*», «*Political Education*», «*On Being Conservative*»

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Cornell Capa: De regreso a la universidad (ca. 1951).

© Cornell Capa / The LIFE Picture Collection / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Oliver Letwin

© de la introducción y la traducción: Jorge del Palacio Martín, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-929-6

Depósito legal: M. 25.532-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Introducción
33	1. El racionalismo en la política
89	2. La torre de Babel
123	3. La educación política
163	4. Ser conservador

Introducción

Pereat veritas, fiat vita
Michael Oakeshott

I

Una de las ideas más extendidas sobre el desarrollo de la filosofía política en el siglo XX es aquella que señala la muerte de la disciplina tras la Segunda Guerra Mundial y su renacimiento a partir de la década de 1970, con la obra *A Theory of Justice* de John Rawls como buque insignia¹. Sin embargo, esta versión de la historia de la filosofía política se ajusta mal a la realidad, pues los años 50 y 60 del siglo pasado fueron el escenario de un gran florecimiento de esta disciplina. Pensadores de la talla de Raymond Aron, Karl Popper, Friedrich Hayek, Isaiah Berlin, Leo Strauss o Hannah Arendt, por citar sólo unos pocos nombres, firmaron algunos de sus mejores

1. Minogue, K., «Oakeshott and Political Science», en *Annual Review of Political Science*, n.º 7, 2004, p. 227.

trabajos en la posguerra. Estas obras, hoy pertenecientes a la categoría de los clásicos contemporáneos, constituyen brillantes reflexiones sobre el desarrollo de las ideas políticas en el siglo xx. Un siglo que se había inaugurado bajo el signo de la fe en el progreso y que terminó, paradójicamente, alumbrando la experiencia del totalitarismo.

Michael Oakeshott forma parte de esta nómina de pensadores que contribuyeron a prestigiar la filosofía política en la posguerra, sobre todo gracias a la publicación del libro *Rationalism in Politics and Other Essays* (1962), colección de ensayos que da forma a una original defensa del conservadurismo liberal y que tiene como hilo conductor la crítica del racionalismo en la política, fenómeno al que Oakeshott considera una de las principales patologías de la cultura occidental contemporánea. Los cuatro ensayos que presentamos en esta edición fueron publicados originalmente en distintas revistas académicas y recogidos, después, en la primera edición de *Rationalism in Politics and Other Essays*.

En la actualidad Michael Oakeshott es considerado uno de los filósofos políticos más brillantes del siglo xx. Así lo acreditan los obituarios que los principales periódicos ingleses de distinto signo le dedicaron. En opinión del *Times*, «Oakeshott fue uno de los filósofos políticos más sobresalientes del siglo xx»; según de *The Guardian*, Oakeshott fue «quizás el filósofo político más original de la centuria»; para el *Independent*, Oakeshott había realizado la más «elocuente y profunda defensa filosófica del conservadurismo que el presente siglo haya producido» y lo comparó con Montaigne por su «com-

postura, humor, discreción y moderación»; finalmente, el *Daily Telegraph* afirmaba que Michael Oakeshott era «el mayor filósofo político en la tradición anglosajona desde Mill o incluso Burke»².

Sin embargo, ni su obra ni su persona gozaron siempre de tan buena reputación. De hecho, durante buena parte de su vida Michael Oakeshott fue despachado como un reaccionario, un cínico o un mero polemista conservador. Los ejemplos del rechazo que Oakeshott produjo en el *establishment* de la izquierda académica son copiosos, pero merecen recordarse tres notables. Bernard Crick comenzó su reseña de *Rationalism in Politics and Other Essays*, publicada por la revista *Encounter* en 1963, escribiendo que «durante diez años, el escéptico, polémico, dandi, paradójico, despreocupado y amargo espíritu de Michael Oakeshott ha rondado, más que ocupado, la cátedra de Ciencia Política que antes perteneció a Harold Laski». Richard Crossman, miembro destacado del Partido Laborista y editor de la revista *New Statesman*, reseñó la misma obra de Oakeshott señalando que «en la campaña para purgar el estudio de la política de cualquier propósito moral o utilidad práctica nadie ha luchado con tal despliegue de cinismo y cortesía como Michael Oakeshott». Esta reseña fue publicada de forma anónima en 1962 en las páginas del *Times Literary Supplement* y sólo años después, en sus memorias, vino Crossman a confesar su autoría. En los años noventa, el historiador marxista Perry Anderson reconoció a Oakeshott

2. Franco, P., *Michael Oakeshott. An Introduction*, Yale University Press, London, 2004, p. 1.

como el «pensador conservador más original de la posguerra», para después encuadrarlo, sin empacho, en el «cuarteto de teóricos destacados de la derecha intransigente europea» junto a Leo Strauss, Carl Schmitt y Friedrich Hayek³.

La relación de Oakeshott con el mundo intelectual de las derechas de posguerra, intensamente ideologizadas al calor de las batallas culturales de la Guerra Fría, tampoco resultó fácil ni fue fértil. Nótese, por ejemplo, que su ensayo «On Being Conservative», hoy considerado por la crítica uno de los trabajos más sobresalientes de Oakeshott por su capacidad para reformular el conservadurismo en términos liberales, fue rechazado por la revista *Encounter* en 1956. El editor que declinó publicar el ensayo era Irving Kristol, el fundador del neoconservadurismo americano. Las razones del rechazo, expuestas años más tarde por el propio Kristol y su mujer, la historiadora Gertrude Himmelfarb, señalaban que el ensayo de Oakeshott era demasiado secular, escéptico y ajeno a cualquier noción de verdad⁴. Además Oakeshott nunca sintonizó con el neoliberalismo. A pesar de que fue invitado de excepción en algunos encuentros organizados por la Mont Pelerin Society fundada por Hayek,

3. Crick, B., «The World of Michael Oakeshott or the Lonely Nihilist», en *Encounter*, n.º 21, 1963, pp. 65-73; Al Anon, «Political Realities», en *Times Literary Supplement*, 28/09/1962, pp. 1-2; Anderson, P., «The Intransigent Right at the End of the Century», en *London Review of Books*, vol. 14, n.º 18, 1992, pp. 7-11.

4. McIntyre, K. B., «One Hand Clapping: The Reception of Oakeshott's Work by American Conservatives» en Abel, C. (ed.), *The Meanings of Michael Oakeshott's Conservatism*, Imprint Academics, Exeter, 2010, pp. 257-261.

Oakeshott rechazó tanto afiliarse como estrechar vínculos con el grupo. Valoraba positivamente la defensa de la libertad, la sociedad civil y la economía de mercado. Sin embargo, consideraba que la filosofía de Hayek dependía en demasía, aunque pudiera parecer paradójico, de una concepción racionalista de la política⁵.

Lo cierto es que Michael Oakeshott se mantuvo al margen de las principales modas y corrientes que representaron el pensamiento conservador en la segunda mitad del siglo XX. Su particular forma de entender el vínculo entre filosofía y política le convirtió en un pensador un tanto heterodoxo para su tiempo. Y al igual que ocurría con Isaiah Berlin, su aversión a la idea de la política como culto a la verdad con mayúsculas le convirtió en un intelectual menos atractivo que, por ejemplo, Popper o Hayek, pensadores cuyo estilo combativo se acomodaba mejor a la tensión ideológica de la Guerra Fría. Para Oakeshott la filosofía podía ser útil a la política como instrumento para clarificar los principios o presupuestos de la práctica, pero no para fundamentarla ni para convertirse en su guía prescriptiva. Como observará el lector, en su filosofía política la fundamentación racional de una institución importa menos que su utilidad. De aquí que en sus ensayos Oakeshott defienda la política como una conversación, en sentido aristotélico, cuyo objetivo no es alumbrar la verdad, sino la convivencia en paz.

5. O'Sullivan, N., «Vida y época de Michael Oakeshott. Unas memorias filosóficas», en *Cuadernos de Pensamiento Político*, n.º 37, 2013, pp. 73-74.

II

Michael Joseph Oakeshott vino al mundo en Chelsfield, condado de Kent, el 11 de diciembre de 1901. Segundo de tres hermanos, nació en el seno de una familia de clase media que a pesar de sus limitados recursos cultivó con esmero la educación de sus hijos. Su padre fue funcionario en la Inland Revenue, departamento del Gobierno británico encargado de la recaudación de impuestos con sede en el histórico edificio londinense Somerset House. Simpatizó con el socialismo inglés y fue miembro activo y destacado de la Sociedad Fabiana, así como amigo personal de George Bernard Shaw. Su madre, hija de un vicario londinense, fue enfermera y dedicó toda su vida a las obras de caridad. El padre de Oakeshott, que era agnóstico, legó a su hijo el amor por la literatura y, muy en especial, por la obra del gran escéptico francés Michel de Montaigne. Su madre, mujer de profundas convicciones religiosas, imprimió en Oakeshott un interés permanente por la religión que atravesaría toda la obra del filósofo en forma de apego por la dimensión poética de la vida⁶.

Oakeshott recibió una educación poco ortodoxa para los estándares de la época. Fue educado en la St. George School, en Harpenden. Se trataba de un colegio mixto que cultivaba la sensibilidad estética, el individualismo y la curiosidad intelectual, a la par que fomentaba un fuerte sentido de la responsabilidad social. Elementos pedagógicos

6. Neill, E., *Michael Oakeshott*, Bloomsbury, London, 2013. Véase el Capítulo 1.

que, sin duda, jugaron un papel decisivo en la forja de su bohemia personalidad. A partir de 1920 Oakeshott se trasladó a Cambridge para estudiar Historia y Ciencia Política. Y en 1925, tras una estancia de un año en Alemania, donde estudió Teología en Marburgo y Tubinga, ingresó en el prestigioso Gonville and Caius College de Cambridge, donde comenzó a desarrollar carrera como investigador y docente. Tras haber servido a su país en la II Guerra Mundial, Oakeshott volvió a Cambridge y, tras un breve paso por el Nuffield College de Oxford, en 1951 fue designado, no sin polémica, para relevar a Harold Laski –fallecido un año antes– en la Cátedra de Ciencia Política de la London School of Economics, institución que no abandonaría hasta 1968, cuando la onda expansiva del mayo francés llegó a las aulas del LSE. Tras su jubilación, Oakeshott se trasladó junto a su tercera esposa, una joven artista, a Acton, aldea perteneciente a la parroquia de Langton Matravers, un pequeño pueblo del condado de Dorset, al sur de Inglaterra⁷. Allí, sobre el Canal de la Mancha, Oakeshott dedicó sus últimos años a releer con fruición a sus clásicos favoritos, entre los que ocupaban un lugar destacado Montaigne y San Agustín⁸.

Como ha recordado su discípulo Noël O’Sullivan, la modestia intelectual tan característica de Oakeshott también se proyectaba sobre su vida personal. Oakeshott siempre evitó el mundo de los honores y los reconoci-

7. Para una historia de la turbulenta vida amorosa de Michael Oakeshott, léase: Grant, R., «The Pursuit of Intimacy or Rationalism in Love», en Franco, P. y Marsh, L., *A Companion to Michael Oakeshott*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 2012, pp. 15-44.

8. Neill, E., *op. cit.* y Franco, P., *op. cit.*, pp. 1-4.

mientos públicos, pues decía sentirse libre del principal vicio de los seres humanos, sobre todo de aquellos con aspiraciones intelectuales: la tendencia a tomarse demasiado en serio. Hasta el punto de rechazar, por ejemplo, ser nombrado miembro de la Orden de los Compañeros de Honor a propuesta del gobierno conservador de Margaret Thatcher en 1981. Cuando falleció, la casa de campo en la que vivió desde su jubilación resultó ser un tesoro lleno de notas, cartas, ensayos y obras que Oakeshott no dio a la imprenta en vida. Entre ellos, el fantástico trabajo *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism*, que sería publicado póstumamente en 1996.

Merece la pena señalar, como contrapunto, que entre las obras que Oakeshott sí decidió publicar en vida está el libro *A Guide to the Classics* (Faber&Faber, 1936). No era, precisamente, un libro para iniciarse en la lectura de los clásicos de la filosofía política. Al contrario, se trataba de un manual, escrito con su amigo y helenista de Cambridge Guy Griffith, sobre cómo apostar en carreras de caballos. Así lo especificaba el subtítulo: *How to Pick the Derby Winner*. Obra, por cierto, que cosechó el suficiente éxito como para merecer una segunda edición en 1947. Esta anécdota sirve para ilustrar la fama de perfecto *bon vivant* que Oakeshott se había ganado y que él mismo cultivó con esmero. «Toda buena conversación, al final, vuelve a los dos únicos temas sobre los que merece la pena hablar en todo momento: el amor y la muerte», dejó escrito en uno de sus ensayos⁹.

9. Véase «The Voice of Conversation in the Education of Mankind», en Oakeshott, M., *What is History? And other essays*, Exeter, Imprint Academic, 2004 (editado por Luke O'Sullivan), pp. 187-199.

Pero su legendaria pasión por los placeres de la vida, entre los que la filosofía era uno más, también era el reflejo de un profundo talante liberal que se encarnaba en una actitud libre de toda censura moral, así como un gran aprecio por la libertad, como reflejaba su amor por la figura de Don Quijote¹⁰.

Oakeshott murió el 18 de diciembre de 1990 en la aldea en la que vivió retirado con su mujer tras poner fin a su carrera académica en la London School of Economics. Su funeral, marcado por la sencillez, reunió en la parroquia local a una docena de personas entre amigos, discípulos y vecinos. La anécdota de la ceremonia la protagonizó el pastor, quien admitió haberse quedado perplejo tras leer en las páginas del *Daily Telegraph* quién era aquel hombre amable, atento y jovial que les había acompañado como vecino durante dos décadas. «Parece –dijo– que hemos tenido a un gran hombre viviendo entre nosotros»¹¹.

III

Como se ha dicho, los cuatro ensayos que se recogen en este libro formaron parte de la primera edición de la obra *Rationalism in Politics and Other Essays* (1962). Al igual que sus admirados Montaigne y Hume, Michael Oakeshott siempre mostró preferencia por la escritura de ensayos. Libre de pretensiones sistemáticas o científicas

10. O'Sullivan, N., *op. cit.*, pp. 80-81.

11. Franco, P., *op. cit.*, p. 1.

cas, la forma ensayo permitía a Oakeshott recrearse en textos que se presentan al público como piezas tentativas o maniobras de aproximación, nunca trabajos concluyentes. A ese fin contribuye también su particular escritura académica, fruto de un estilo que pretende ser cercano a la narración y que se ha hecho característico por su forma de argumentación alambicada, por el escaso cuidado por la puntuación, la poca atención al detalle de las referencias bibliográficas, por presentar citas sin el apoyo de una traducción y la abundancia de licencias poéticas. Estas últimas ejemplifican la nostalgia oakeshottiana por una concepción de la política también entendida como actividad poética, donde el arte de la persuasión se vehiculaba a través de la composición de «imágenes verbales memorables» que ensancha los límites de nuestra capacidad para comprender la realidad¹².

La razón de ser de los cuatro ensayos aquí recogidos es la crítica del racionalismo en la política. Pero antes de entrar en detalle y atender al vínculo con la defensa filosófica del conservadurismo merece la pena adelantar qué entiende Oakeshott por racionalismo en la política. Pues con ello el filósofo inglés hace referencia a la propensión característica de la modernidad a considerar que la actividad política es mejor cuando está guiada por un plan o un conjunto de principios –léase, una ideología– premeditados al margen de la experiencia¹³. Sin em-

12. Véase, en especial, el ensayo «The voice of poetry in the conversation of mankind», recogido en Oakeshott, M., *Rationalism in politics and other essays*, Liberty Fund, Indianapolis, 1991.

13. O'Sullivan, N., *op. cit.*, p. 73.

bargo, resulta capital subrayar que la crítica oakeshottiana al racionalismo no significa una crítica a la razón en sí. Para explicar esta posición vale la pena referirse a la interesante polémica epistolar mantenida entre Karl Popper y Michael Oakeshott en 1948, al hilo de la publicación de sus respectivos ensayos «Utopia and violence» y «Rationalism in politics». En dicha polémica, que versó principalmente sobre el peso de la razón y la tradición en la política, Oakeshott no viene a dudar de la importancia de la primera. Al contrario, reivindica la racionalidad inscrita en las praxis que define a una tradición de comportamiento político, al tiempo que critica la predisposición contemporánea a considerar que sólo la razón tiene autoridad para guiar la actividad política. Lo que, según Oakeshott, llevado hasta sus últimas consecuencias termina siendo irracional en sí mismo, aunque pueda parecer paradójico¹⁴.

La crítica al racionalismo en la filosofía de Oakeshott recibe un impulso decisivo en el contexto de la posguerra británica. Precisamente con la llegada al poder del gobierno laborista de Clement Attlee, al que Oakeshott acusó de estar socavando los fundamentos del sistema de libertades inglés¹⁵. Sin embargo, los trabajos anti-racionalistas de Oakeshott no son una *pièce d'occasion* motivada por su querrela con el Partido Laborista. Suponen la proyección a la esfera de la política de las conclusiones

14. Tregenza, I. y Jacobs, S., «Rationalism and tradition: The Popper-Oakeshott conversation», *European Journal of Political Theory*, Enero 2014, 13: 3-24, publicado por primera vez el 21 de marzo de 2013.

15. Oakeshott, M., *The Concept of Philosophical Jurisprudence: Essays and Reviews, 1926-1951*, Imprint Academic, Exeter, 2007 (editado por Luke O'Sullivan), pp. 208-210.

de su primera obra, *Experience and its Modes*, de 1933. Como ha señalado Kenneth Minogue, en la trayectoria de Oakeshott *Experience and its Modes* supone la culminación de un largo trabajo sobre una idea: las consecuencias que para la cultura moderna tiene la progresiva reducción de toda experiencia a experiencia científica¹⁶. En opinión de Oakeshott, cuyos primeros trabajos filosóficos, escritos bajo la influencia del idealismo británico, pueden considerarse como una reacción frente la hegemonía académica del positivismo de principios de siglo, lo que caracteriza a la experiencia científica es la observación del mundo *sub specie quantitatis*. Léase, a modo de relaciones cuantificables entre entidades abstractas. De modo que la asimilación del conocimiento político al discurso científico no hace sino reducir la ciencia política a una única dimensión positiva animada por un objetivo instrumental de aplicación práctica y universal¹⁷.

La reflexión de Oakeshott sobre el racionalismo en la política remite a una crítica, de mayor envergadura, que implica un juicio general sobre la modernidad en tanto que proyecto filosófico. Oakeshott advierte en sus ensayos que el éxito del racionalismo en la política es el reflejo del triunfo de la modernidad como proyecto que aspira a extender la certidumbre absoluta al edificio del saber a través del método científico. En concreto, Oakeshott considera la obra de Francis Bacon y René

16. Minogue, K., *op. cit.*, p. 228.

17. Véase, por ejemplo, el ensayo «The Cambridge School of Political Science» (1924), en Oakeshott, M., *What is History? And other essays*, Exeter, Imprint Academic, 2004 (editado por Luke O'Sullivan), pp. 45-66.

Descartes como el momento fundacional de un programa filosófico cuyo objetivo es tutelar y dirigir el entendimiento humano a través de unas reglas formales para alcanzar la certeza y la objetividad. En opinión de nuestro autor, esta visión de la modernidad culmina con los *philosophes* de la Ilustración, momento en el que la confianza en la ciencia alumbra el sueño embriagador de la política como instrumento al servicio del perfeccionamiento humano. Una empresa que puede resumirse como el intento de someter la realidad a un orden racional, emulando a Procasto cuando es necesario, en vez de tratar de entender la racionalidad que subyace a la realidad existente.

Lo que Oakeshott pone de manifiesto es que el encumbramiento moderno de la ciencia ha convertido a la tradición, la experiencia, el prejuicio o el acervo de prácticas acumuladas a lo largo de la historia por una comunidad política en un tipo de conocimiento homologable con lo que Platón denominaba *doxa*: opiniones inciertas, parciales y relativas. En dos palabras: material desechable. Para la mentalidad racionalista, insistirá Oakeshott, el método científico en política, la guía por excelencia, tiene un nombre: ideología. Oakeshott denomina este tipo de política, no sin ironía, la «política del libro». A saber, el tipo de conocimiento que puede ser contenido por completo entre las dos tapas de un libro:

La política racionalista es la política de la necesidad sentida, la necesidad sentida no matizada por un conocimiento genuino y concreto de los intereses permanentes y la dirección del movimiento de una sociedad, sino interpretada por la

«razón» y satisfecha con arreglo a la técnica de una ideología: es la política del libro. Y esto también es característico de prácticamente toda la política contemporánea: no tener un libro es no tener lo necesario, y no observar escrupulosamente lo que está escrito en el libro es ser un político de dudosa reputación.

El marxismo, nos dice el filósofo inglés, es uno de los ejemplos más acabados de «política del libro»: una teoría sobre la transformación de las sociedades que, bajo la apariencia de verdad científica, ofrece al político sin experiencia una evaluación de la realidad, un boceto de la sociedad ideal y una hoja de ruta infalible que suplen su falta de conocimiento. No obstante, merece la pena insistir en que la crítica de Oakeshott a la política ideológica no se identifica de manera exclusiva con un partido o una doctrina política concreta. Y es aquí donde radica el interés del diagnóstico oakeshottiano de la política contemporánea. Pues Oakeshott no deja de señalar que el éxito de la política racionalista estriba en haberse convertido en un patrón de pensamiento hegemónico que determina el comportamiento político tanto de la izquierda como de la derecha, de progresistas como de conservadores. Un buen ejemplo es la severa opinión que a Oakeshott le merecieron los razonamientos desplegados por Hayek en su famosa obra *Road to Serfdom*. Como observará el lector, Oakeshott reprochará a Hayek que «un plan para resistir toda planificación puede ser mejor que su contrario, pero pertenece al mismo estilo de política».

Si Oakeshott se permite agrupar a Karl Marx y Friedrich Hayek en su crítica a cierto estilo de concebir la

política es porque una de las características principales de su filosofía política, y quizás uno de sus objetivos analíticos más ambiciosos, es su intento de redescubrir la historia de la política europea al margen de la dicotomía clásica izquierda-derecha. Para Oakeshott la principal fractura que define la política europea es aquella que distingue a las doctrinas que tratan de imponer un plan y un estilo de vida a una sociedad de aquellas que consideran el mero hecho de tratar de planificar el destino de una comunidad política como algo estúpido e inmoral¹⁸. Esta tipología encuentra su culminación en la oposición entre la «asociación *qua* empresa» y la «asociación civil», tal y como Oakeshott la formuló en su obra de madurez *On Human Conduct*, publicada en 1975. Pero podemos seguir el rastro de esta distinción y su evolución teórica a lo largo de toda su producción. Lo interesante de los ensayos que aquí se recogen es que ofrecen al lector el primer intento de síntesis de esta dicotomía: el «*estilo* ideológico de política» frente a «la actitud conservadora». A la que seguiría su no menos célebre distinción entre la «política de la fe» y la «política del escepticismo». En todos los casos, aunque con distintos niveles de intensidad, la dicotomía apuntala la misma idea: mientras que la primera señala un tipo de asociación cuya autoridad deriva de la promoción de un proyecto común, en el segundo la autoridad deriva de la práctica compartida de reglas no

18. Véase el ensayo «The Social and Political Doctrines of Contemporary Europe», recogido en Oakeshott, M., *What is History? And other essays*, Exeter, Imprint Academic, 2004 (editado por Luke O'Sullivan), pp. 149-160.

instrumentales de conducta que no imponen ningún proyecto sustantivo a quienes las suscriben, sino las condiciones para que cada uno persiga sus propios objetivos¹⁹.

En definitiva, lo que Oakeshott critica en los ensayos que aquí se recogen es la consagración de la ideología como un método autosuficiente que, emanado desde la razón, libera a quien asume sus principios de preocuparse por adquirir cualquier conocimiento ulterior sobre el fenómeno de la política. En este sentido, la filosofía política de Oakeshott puede entenderse como una crítica integral al triunfo del «*estilo* ideológico de la política», cuya inclinación básica identifica con la tendencia contemporánea a someter la realidad al tribunal de la razón haciendo abstracción de todo contexto, autoridad, tradición o prejuicio²⁰. Para Oakeshott no hay mejor educación política que el conocimiento, cuanto más profundo mejor, de una tradición de comportamiento político. Oakeshott concede, si bien a regañadientes, que en ciertas circunstancias las ideologías pueden erigirse en un tipo de conocimiento positivo. Sobre todo cuando adquieren la forma de abreviatura o resumen de una tradición política en el que sus características principales quedan subrayadas. Pero toda la fuerza del razonamien-

19. Esta lista no quedaría completa sin la oposición, menos conocida, entre «Gobierno de primer orden» y «Gobierno de segundo orden» formulada en el ensayo «The idea of Character in the Interpretation of Modern Politics», recogido en Oakeshott, M., *What is History? And other essays*, Exeter, Imprint Academic, 2004 (editado por Luke O'Sullivan), pp. 255-277.

20. Franco, P., *op. cit.*, p. 82-83.

to oakeshottiano siempre irá orientada a demostrar que el resumen de una tradición nunca podrá comprender, dar cuenta o explicar de manera satisfactoria el complejo y rico acervo de prácticas que han dado cuerpo a una tradición política.

IV

La desconfianza ante las ideologías y, en general, el rechazo de las ideas y bocetos abstractos como guías de la acción en la vida política hace que la filosofía política de Oakeshott entronque, claramente, con la tradición del conservadurismo liberal anglosajón. Cuando Oakeshott nos dice que «el gobierno no se inicia con una visión de otro mundo [...] sino con la observación del gobierno practicado», podemos escuchar de fondo, sin gran esfuerzo, el eco de la crítica de David Hume y Edmund Burke al carácter filosófico y especulativo de la Revolución Gloriosa de 1689 y la Revolución francesa de 1789, respectivamente. La adhesión de Oakeshott a la tradición del conservadurismo anglosajón no se agota con la defensa de una posición militantemente anti-ideológica, sino que también significa que su filosofía política incorpora la defensa del núcleo básico del liberalismo político —a saber, libertad individual, pluralismo y constitucionalismo—, aunque rechaza cualquier defensa racionalista del mismo. También asume una visión de la política como técnica derivada de la experiencia. Y, finalmente, concibe la sociedad como la suma de equilibrios efímeros y frágiles cristalizados a lo largo de generaciones, por